

PRÓLOGO

Barcelona, 28 de marzo de 2019.

El viento en la cara, la brisa, el sentirse libre en cada salto que daba. La adrenalina circulaba por toda ella, dándole aquella sensación de libertad. Definitivamente, practicar parkour era lo mejor del mundo o, por lo menos, eso opinaba Laura, que saltaba de tejado en tejado por los edificios de la ciudad de Barcelona.

—¡Vamos, Marc! —Le gritó al chico que le enseñó a moverse de aquella manera.

No existían atajos, si te encontrabas un muro había que escalarlo, si llegabas al final de un tejado había que saltar al siguiente, si no tenías nada delante había que correr. Se debía tener un buen equilibrio y Laura empezaba a considerarse toda una experta. Lo que más le gustaba era correr por los tejados y saltar, nada de hacer piruetas. A ella le gustaban las alturas, no tenía miedo, y consideraba que era la mejor forma de moverse por la ciudad. El tráfico en Barcelona era una locura y se reía de los coches que estaban parados en retención por la absurda sincronización de los semáforos de la ciudad.

La zona del Rabal era su preferida y Marc y el resto del grupo que la acompañaba eran de su misma opinión. Pero en ese momento, Marc dio un silbido largo y dos cortos, y Laura se detuvo para ver qué ocurría. Todo el grupo se detuvo en el mismo tejado, esperando instrucciones.

—Hora de comer —dijo y señaló una panadería de la calle Hospital de Barcelona.

Laura frunció el ceño, no le gustaba la idea de robar, aunque fuese comida.

—Tú espera aquí, morenita —le indicó Marc.

Laura no era morena de piel, se refería a sus cabellos, castaños y largos, ligeramente ondulados. Un cabello que al chico le volvía loco, junto con sus ojos, también marrones, pero grandes, expresivos y enmarcados por unas largas pestañas.

La muchacha vio a sus amigos meterse en la panadería todos juntos, el grupo hacía la fuerza, y quince muchachos hambrientos no podían ser detenidos por nadie. Laura escuchó gritos, revuelo y cinco minutos más tarde —pues ese era el límite de tiempo que se marcaban para robar— todos sus amigos salieron en desbandada cargados de pan y pastas, pero no de dinero.

La chica sonrió al ver como escalaban la pared del edificio donde les esperaba, parecían auténticos monos. Marc fue el primero en llegar a ella, era el más rápido y experimentado.

—Vamos, morenita —le dijo con una sonrisa, dándole una ensaimada de las que robó.

Se marcharon antes que la policía llegara.

Sentada en lo alto de una terraza, Laura devoraba la ensaimada que Marc le regaló. El muchacho bebía a su lado un refresco mientras miraba el cielo despejado de la ciudad. Era principios de primavera y aún hacía algo de frío.

—Con esa gorra no veo tus ojos, morenita —le dijo Marc, quitándole la gorra a Laura.

Laura no dejó de comer, ignorándole.

Marc era un chico bastante atractivo, llevaba el pelo un poco largo y ligeramente despeinado, sus ojos eran marrones y sus facciones varoniles, además de ser un chico alto y atlético.

>>>¿A qué hora tienes que estar en casa?

Laura se encogió de hombros.

—Les da igual a la hora que llegue —respondió—. Pero tengo que hacer deberes, no quiero llegar muy tarde.

—Eres la única que conozco que hace deberes.

—Mis padres me educaron para ser alguien de provecho y aunque ahora estén muertos no pienso defraudarles. Tampoco quiero que mi hermana pequeña se desvíe, si me toma de ejemplo.

—Ya veo —se limitó a decir—. Supongo que tuviste suerte de tenerles hasta tan mayor.

—¡Uf! ¡Sí! Vamos, con quince años los perdí y ahora vivo en una casa de acogida que poco les importa a qué hora llego o dejo de llegar. Solo me aguantan por mi hermana, éramos un pack de dos y estaban dispuestos a acogerme con tal de que Míriam pudiera estar con ellos. Pero no me quejo, a ella la tratan bien. Aunque estoy segura de que si mañana desapareciera no me echarían de menos. A fin de cuentas, en un par de meses cumplo los dieciocho.

—Yo perdí a mis padres con cinco años, bueno, más bien me abandonaron. Así que no te quejes.

Se hizo el silencio entre los dos.

—A veces me gustaría pasar de los estudios, ser más como tú —le confesó Laura, terminando la ensaimada.

—Pues a mí, a veces, me gustaría no pasar tanto de los estudios, ser como tú, directamente —le confesó Marc y ambos se miraron a los ojos. El chico no dudó en inclinarse y besarla en los labios — Yo sí te echaría de menos si mañana desaparecieras —le susurró—. Y no olvides que tu hermana pequeña también te echaría de menos, no estás sola.

Le sacó una sonrisa a Laura. La muchacha estaba empezando a enamorarse de él, si es que ya no lo estaba después de haber hecho el amor con Marc varias veces.

Se escucharon unos silbidos, era la señal que el grupo quería empezar a moverse. Todos estaban repartidos por varios edificios.

—¿Una última carrera? —Le preguntó Marc a Laura—. Te apuesto lo que quieras a que llego antes que tú a plaza Cataluña y te doy

diez segundos de ventaja.

—Muy creído lo tienes —le respondió la chica con altivez, aunque en el fondo sabía que Marc era el más rápido y pese a la ventaja que le daba no iba a ser fácil—. Quien gane invita al otro a comer, pero pagando, nada de robar.

—Está bien, empiezo a contar, ¡uno!...

Laura echó a correr tan rápido como sus piernas le permitieron. Pero en apenas medio minuto ya vio el perfil de Marc corriendo a su lado al otro lado de la calle, saltando y brincando por los tejados vecinos.

Sonrió a Laura desde la distancia y esta le guiñó un ojo.

Un nuevo salto estaba próximo, así que cogió todo el impulso que pudo, llegó a la cornisa y saltó directa al siguiente tejado. De pronto, una paloma se cruzó en su camino y chocó contra ella en pleno vuelo.

Todo pasó muy deprisa, para cuando pudo ver qué tenía delante entendió que caía al vacío, el choque con la paloma la había frenado y desorientado, pese a que su mente intentó buscar algún balcón donde poder agarrarse, la pared del edificio al que intentaba llegar no tenía ni una triste ventana. Aterrorizada, supo que iba a morir. Escuchó a Marc gritar su nombre y se cubrió por instinto la cabeza, cerrando los ojos, en un vano intento por sobrevivir a la caída, pero esperando, a fin de cuentas, lo inevitable.

Algo sucedió entonces, no notó el impacto como cabía esperar al caer desde una altura de más de treinta metros. Al contrario, la sensación fue más que extraña, como si traspasara una superficie gelatinosa por apenas un segundo, acompañada de una intensa luz; luego sintió un picor en la piel por todo el cuerpo y, de pronto, oscuridad.